

El Familiar, el azúcar y el terror. Sobre un mito del noroeste argentino

Kirsten Mahlke (Universität Konstanz)

Un ser diabólico recorre los ingenios azucareros del Noroeste Argentino: se llama El Familiar y aparece en forma de perro negro con ojos rojos encendidos por la noche. La cadena de hierro que arrastra produce un sonido espeluznante. Ruidos sibilantes van anunciándolo. Desde hace más de un siglo El Familiar pertenece al dueño del ingenio moderno al igual que la centrífuga y el molino industrial. Los dos han pactado que El Familiar cuidará la riqueza del dueño a cambio de que este último le suministre un obrero por año para su alimentación. Se trata de la variación de un trueque mítico extendido en Europa central desde la temprana edad moderna: la sospechosa prosperidad material es intercambiada por un sacrificio humano, que puede consistir tanto en el cuerpo como en el alma. No es sorprendente que el mito contractual reaparezca durante el periodo de la inmigración masiva europea a partir de finales del siglo XIX a las zonas recientemente industrializadas de la Argentina. El crecimiento exponencial de la tecnología – la electricidad, la máquina de vapor, los procesos de producción racionalizados – a par de los cambios demográficos y económicos enormes del país recién independiente, han fomentado mitos e historias fantásticas porque carecían de explicaciones sencillas y racionales. A primera vista parece una forma de conocimiento irracional de la provincia sobre las tecnologías modernas del Occidente y las muertes y desapariciones que iban acompañando su difusión. Pero el mito del Familiar es más que una para- o prehistoria de las narrativas de la desaparición que solamente después de la última dictadura militar empezaban a probar su virulencia masiva y terrible también en la Capital. Quisiera analizar la historia del mito del familiar en su contexto histórico y actual.

Una de las empresas familiares que fué transmitida en herencia de una generación a otra durante un siglo es el imperio azucarero de la familia Blaquier Ledesma. El episodio más reciente de la historia familiar y del Familiar de esa empresa de Jujuy, es el juicio en el caso Ledesma a Carlos Pedro Blaquier, quién fué citado a indagatoria por su participación en la detención, tortura y asesinato de 130 de trabajadores y estudiantes durante la “Noche del Apagón”¹. Ahí, se cuenta, el Familiar “se ha comido” centenares de obreros e insurgentes entre los años 1960 y 1980.

¹ La “Noche del Apagón” es el nombre de un operativo militar ocurrido entre el 20 y el 27 de julio de 1976 durante el cual se secuestraron, torturaron y detuvieron a unas 400 personas, entre estas una treintena de obreros que trabajaban para Blaquier. Véase el artículo de Gerardo Arangurén en *Tiempo Argentino* del 9 de agosto 2012. <http://tiempo.infonews.com/2012/08/09/argentina-83077-causa-ledesma-la-justicia-indago-por-primera-vez-al-empresario-carlos-blaquier.php>

Fué en mi búsqueda de narrativas del terror y de la desaparición más allá de la cultura fantástica urbana de Buenos Aires que me topé con la tradición oral del Familiar de las provincias del Norte argentino, que parece haber incorporado una historia de desapariciones mucho antes de la última dictadura y de tal manera testimonia una práctica del terror difundida en los ingenios azucareros. La dictadura militar no tenía allí la repercusión de una experiencia singular como en las zonas urbanas sino que se experimentaba como un aumento extremo de una práctica de dominación ya conocida desde fines del siglo XIX. Fué experimentada en un contexto social ya impregnado de violencia y terror y que contaba con el repertorio de figuras tradicionales. El Familiar ya estaba naturalizado pero con la conotación freudiana del término literalmente ‚unheimlich‘, así que se podría considerar el prototipo de una narrativa del terror. Es familiar, pertenece a las tradiciones orales familiares, persigue el territorio familiar de los latifundistas y acompaña la historia política y económica de las provincias de Tucumán y de Jujuy ya desde hace mucho tiempo como un viejo conocido. El mito del Familiar procesa e interpreta prácticas de una rama moderna de la industria agraria y sabe de sus pactos con los bajos fondos. Al mismo tiempo transmite el conocimiento de la desigualdad social masiva, de relaciones de endeudamiento y experiencias de violencia y terror. Parece ocurrir exactamente en los lugares donde la revolución industrial y la Ilustración esperaban haber desencantado los mitos de indígenas y criollos. Un análisis del mito del Familiar puede ser por ende un estudio de relaciones de intercambio europeo-latinoamericanas desde la industrialización tardía hasta su desmantelamiento.

Hasta hoy en día se cuentan distintas variantes de este mito que asocia un motivo popular e ilustrado – el pacto diabólico– con la costumbre del Nuevo Mundo del canibalismo en los alrededores de los ingenios azucareros. En los años 90 aún podían encontrarse personas en las calles de Tucumán cuyos abuelos habrían visto el Familiar o por lo menos habrían escuchado sobre sus víctimas. Parece que en este momento político-y económicamente estable sigue existiendo exclusivamente en los relatos temibles de los abuelos,; no obstante su vuelta a la escena azucarera es esperable en cuanto empeora la situación. Su primera aparición data aproximadamente de los años 80 del siglo XIX, una precisión inusual para un mito. En esa época la segunda (o tardía) industrialización había empezado a dejar sus huellas en los paisajes de las provincias de Noroeste argentino.

Mi ponencia va a analizar un aspecto siniestro de la historia económica y política argentina que se sitúa en una tradición de representaciones narrativas de la violencia cotidiana social del sistema del mercado capitalista. Las nuevas tecnologías a la par de la acumulación de capitales y deudas –así podría interpretarse el simbolismo del pacto diabólico– cuestan vidas humanas y producen riquezas sospechosas. En el marco de nuestra mesa sobre *Dimensiones fantásticas de la memoria colectiva y sus representaciones artísticas* ocupa un rol arqueológico en el sentido Foucaultiano, con respecto a la formación de discursos sobre desapariciones forzadas y sus repercusiones sociales. El microcosmos provincial alrededor de Tucumán y Salta ha producido un núcleo político-económico candente (“hot”

en el sentido de explosivo y productivo) que seguiría regenerándose a través del mito azucarero del Familiar.

Evidentemente el mito del Familiar no pertenece ni exclusivamente a la memoria colectiva de la última dictadura ni a un corpus de textos literarios elaborados dentro de la categoría de lo fantástico. Es más viejo y menos literario. Pertenece a la cultura oral de una sociedad distanciada de la cultura urbana de la Capital. Pero manifiesta, como expresión estética-social de la muerte violenta sin cadáver ni tumba algunos rasgos centrales de la violencia estatal de la década del 70. El método del terror y la consecuente desaparición del cuerpo ha sido introducido en las prácticas de dominación en las plantaciones azucareras mucho antes de la aplicación sistemática y masiva por la dictadura militar. Entre el 1976 y 1979 seguía siendo un método que se asociaba sobre todo con su apogeo en la noche conocida a través del país entero como “El Apagón” de la empresa Ledesma con 300 detenidos-desaparecidos. Hablar de los desaparecidos en tanto víctimas de una figura mítica demuestra ya una mitigación social de lo ocurrido, una transformación de lo indeterminado, incomprendible en una historia con actores y razones, héroes y víctimas. No intento reducir el mito a una interpretación primitiva de la brutalidad dominante sobre obreros de las capas más bajas de la sociedad. Tampoco voy a analizarlo desde el otro lado, como invención útil proporcionada por los dueños de los ingenios en función de intimidar a los sujetos que trabajan bajo condiciones precarias de casi-esclavos. El mito del Familiar, como los mitos orales en general, no tiene un autor sino una autoría colectiva. Los autores y el auditorio no son separables. La interferencia de los dos es tan alta que no se puede distinguir – así que se puede denominar una práctica social-estética que no permite evidenciar ciertas interpretaciones de actos reales violentos sino que parece ser un coproductor de hechos también. El género del mito y la figura fantástica (en un sentido amplio de lo fantástico: irreal) del familiar diabólico está, más que otros géneros y figuras de la tradición literaria argentina, inseparablemente vinculada a la realidad política económica y social del ámbito dónde surgió.

La cultura del terror

Con este análisis me muevo en un terreno trabajado sobre todo por etnólogos, ante todo los estudios etno-marxistas de Michael Taussig y Gastón Gordillo, el último, etnógrafo de los Toba del Noroeste Argentino y el primero, autor del famoso libro *The Devil and Commodity Fetishism*. En el artículo “Culture of Terror – Space of Death” Taussig presenta una definición de la dimensión fantástica dentro de “culturas del terror” en la que se basa parcialmente mi análisis del “complejo del familiar”. La voy a citar en extenso:

The importance of this fabulous work extends beyond the epic and grotesque quality of its content. The truly crucial feature lies in creating an uncertain reality out of fiction, a nightmarish reality in which the unstable interplay of truth and illusion becomes a social force of horrendous and phantasmic dimensions. To an important extent all societies live by fictions taken as reality. What

distinguishes cultures of terror is that the epistemological, ontological, and otherwise purely philosophical problem of reality-and-illusion, certainty-and doubt, becomes infinitely more than a "merely" philosophical problem. It becomes a high-powered tool for domination and a principal medium of political practice.²

La cultura del terror parece haber tenido una virulencia específica en las plantaciones de la América tropical de fines del siglo XIX, donde las estructuras de trabajo a jornal impregnadas de violencia siguen reproduciendo las estructuras de dominación de la esclavitud. El análisis del mito del Familiar permite evidenciar –no solo posteriormente– las representaciones específicas de los miedos, los actores y las víctimas de las relaciones sociales violentas entre los dueños y los obreros. Las narrativas del Familiar reflejan también los mismos procesos por los cuales la cultura del terror fue creada y sostenida. Según Taussig, el acto de contar historias terribles formaba una parte imprescindible del instrumental del poder y de las prácticas políticas.³ Las narrativas del Familiar deben su larga vida no en último término al hecho de que sus narradores son representantes de los dos lados del sistema: la autoría es, por así decirlo, compartida por los explotadores y los explotados.

Historias como la del pacto con el Familiar van condensando de una manera imponente el saber de una realidad más allá del capitalismo industrial y su ánimo de lucro: la contabilidad por partida doble de vidas humanas y ganancias de acciones. La historia da cuenta de relaciones sociales que parecen estar basadas en el modelo humano de Hobbes y del sistema crediticio. Quien quiere invertir en la producción de azúcar negociada al mercado internacional, debe primero aportar montos enormes de capital prestado que transmite en seguida en forma de deuda a miles de obreros reclutados de manera forzada.

Las narraciones que van acompañando la fase destructiva de la exportación de capital financiero de fines del siglo XIX se destacan por su concentración de violencia, asesinatos y beneficio en un núcleo narrativo, y su capacidad de difundir y reflejar miméticamente el terror. La locura de los empresarios descabellados, la prodigalidad de los financistas y la angustia existencial de los obreros expropiados se confunden en la historia del pacto con el familiar. No había que inventar nuevas historias. El repertorio fantástico de representaciones del terror es copioso. Los colonialistas, esclavos y misioneros de los siglos XVI-XIX tejieron la red simbólica con las imágenes infernales prestadas de Dante, Bosch, el sabbath de brujas y la Inquisición. Por un lado son productos de Occidente, por otro lado, siendo coproducciones de la sociedad azucarera híbrida, las imágenes proceden de mitos locales sobre los espacios de la muerte. Zupay, el nombre del diablo y señor del Familiar en algunas variantes del mito, es un ser maligno del folclore incaico. En la zona cultural híbrida del Noroeste argentino, el

² Michael Taussig, "Culture of Terror, Space of Death. Roger Casement's Putumayo Report and the Explanation of Torture", in: Nicholas Dirks (ed.), *Colonialism and Culture*, Michigan 1992, pp. 135-174, p.161.

³ "The narratives are in themselves evidence of the process whereby culture of terror was created and sustained" "[The act of telling atrocious tales] becomes a high-powered tool for domination and a principal medium of political practice." Michael Taussig, "Culture of Terror, Space of Death", p. 161.

diablo europeo pacta con el andino, y el espacio social y económico se convierte, en poco tiempo, sobre ese fondo del pacto desigual en un espacio indeterminado de violencia y de muerte. El canibalismo es, desde los tiempos coloniales, el significante de más larga vida dentro del marco de las culturas nuevomundiales del terror. La obsesión por tales imaginaciones de la muerte llevaba en las colonias a la idea que cualquier apariencia podía encarnar un antropófago. Para defenderse contra esas imágenes horribles, los colonizadores difundieron por su parte narrativas del terror:

They saw danger everywhere and thought solely of the fact that they were surrounded by vipers, tigers, and cannibals. It is these ideas of death, [Paredes] writes, which constantly struck their imaginations, making them terrified and capable of any act. Like children who read the *Arabian Nights* [...] they had nightmares of witches, evil spirits, death, treason, and blood. The only way they could live in such a terrifying world, he observes, was by themselves inspiring terror.⁴

La función de las narrativas del terror es, en resumen, el hacer posible, perpetuar y mitigar el miedo de propietarios y expropiados, torturadores y víctimas, justificando las medidas de violencia que son necesarias para controlar grupos grandes y heterogéneos de personas y para reducir la resistencia contra el dominio al mínimo.

El Familiar es un mito poscolonial. El área de su distribución, reducido a las plantaciones de azúcar del Noroeste argentino, deja ver una conexión directa con la industria moderna azucarera. Forma parte de un *hecho social total* (Marcel Mauss) que los empresarios azucareros han producido en base a un trueque desigual. Lo impresionante es que haya sobrevivido a las transformaciones del capitalismo hasta su forma neoliberal de los años 60 y 70.

Sería fácil subordinar la industria azucarera argentina a la cultura de concentración de empresas europeas y estadounidenses que invadían de manera vampírica la materia prima, la mano de obra y el suelo latinoamericanos para producir mercancías en los países ex-coloniales y detenerlos en una dependencia continuada. Consorcios de la magnitud de la *United Fruit Company* y *Coca Cola* se han asegurado el monopolio de la periferia y embolsado ganancias de acciones colosales. El sistema probado durante siglos de las encomiendas, que significaban de hecho la esclavitud de los indígenas, seguía manteniéndose por parte de los terratenientes y los consorcios, desentendiéndose de la legislación. Ese sistema generaba patrones de azúcar, café y plátanos por un lado, el realismo mágico, extrema pobreza y altas tasas de mortalidad por el otro.

El Familiar, un diablo actuando y pactando a nivel local podría ser considerado como parte de un sistema mítico-mágico de grupos de poblaciones mixtos cuyas realidades sociales se sitúan en un nivel precario. Al mismo tiempo, la figura del Familiar permitiría reemplazar la responsabilidad del terrateniente, del financista y del empresario azucarero por actos de violencia y asesinato. El

⁴ Michael Taussig, citando al abogado peruano Rómulo Paredes (1911) en: Taussig, "History as Sorcery", in: *Representations*, No. 7 (1984), pp. 87-109, p. 102.

Familiar, la figura del perro negro sería el gobernante de la escena, mientras que el ingeniero azucarero merece protección, porque su bienestar asegura la existencia de miles de obreros y sus familias. Un abordaje sociohistórico con este enfoque podría demostrar que el Familiar forma parte de una mitología que explica por qué el mundo está tan mal, según la clasificación de Lévi-Strauss.

Supongamos que ese fuera el cuadro de referencia exegético, el mito del Familiar sería un producto de un espacio socio-económico típico de las provincias de Tucumán y de Jujuy. Tendremos, a continuación, que diferenciar esa observación bastante estereotípica en el marco de este análisis.

Siguiendo una línea argumentativa de Taussig en su libro sobre el diablo y el fetichismo de la mercancía (“commodity fetishism”), voy a plantear la pregunta que correlaciona el análisis de un mito exótico, el método de las desapariciones forzadas y la noción de lo fantástico en un horizonte familiar:

rather than to ask the standard anthropological question Why do people in a foreign culture respond in the way they do to, in this case, the development of capitalism? We must ask about the reality associated with our society. For this is the question that their fantastic reactions to our nonfantastic reality force upon us, if only we have the wit to take heed.⁵

En la contextualización del mito se encontrarán argumentos para la hipótesis de que el Familiar demuestra los rasgos diabólicos del fetichismo de la mercancía (Marx) que da cuenta de un exceso del mercado del capital sin utilidad y sin valores, un exceso que produce relaciones narradas en forma de antropofagia. La familiaridad del perro Familiar con el capitalismo industrial le permitía integrar las teorías y creencias del neoliberalismo de los años 1960 y de servir de modelo, por anticipación del método de la desaparición forzada implementado por las fuerzas armadas durante la dictadura. Al mismo tiempo, el mito conlleva la historia de la lucha entre los poderes económicos mundiales de EEUU y Argentina ante la incorporación de la última por los primeros. ¿Porqué precisamente el azúcar?

Industria azucarera

La economía azucarera es uno de los fenómenos más impresionantes de la era moderna. Entre los siglos XVI y XVIII se transformó, de un medicamento y condimento escaso en un componente esencial de la alimentación. Los primeros conquistadores llevaron las cañas de azúcar desde el Caribe y la América subtropical, donde el azúcar se convirtió en una materia prima importante junto a los metales preciosos. La producción del azúcar fue comercializada en base a una idea genial, sobre todo por los colonizadores ingleses en las islas británicas: la fusión de la producción del té de India con la producción azucarera de las Américas en una invención desde entonces identificatoria para la civilización anglosajona: el teatime. A corto plazo, las elites de las islas británicas y de sus colonias volvían a ser una sociedad noble con una pasión por el azúcar y el té. La historia del cultivo de una

⁵ Taussig, *The Devil and Commodity Fetishism*, Chapel Hill 1980, p. 6.

nueva población dependiente del azúcar fue escrita por Sidney Mintz⁶. En el siglo XIX esa población europea con predilección por el dulce había expandido e impregnado todas las capas sociales del continente europeo. El precio del azúcar cayó tanto que los obreros de las fábricas de Inglaterra lo usaban de remplazo por comidas calientes. El azúcar y la clase obrera se asociaban de una manera pegajosa y desgraciada que tenía su base en un enlace aún más desgraciado entre el cultivo de azúcar y la esclavitud. A causa de la producción tan dispendiosa del azúcar, se precisaba del trabajo de incontables manos. Aún después de la transformación tecnológica de los molinos y la introducción de centrífugas a vapor los ingenios no podían prescindir de miles de obreros baratos. De hecho las nuevas formas de empleo de hombres y mujeres indígenas enajenados de sus tierras o inmigrantes europeos endeudados desembocaban en relaciones de servidumbre por deudas como Michael Taussig las ha descrito en las minas bolivianas y las plantaciones de café y caucho en Colombia. Inmigrantes pobres que se habían endeudado para cruzar el atlántico, pero ante todo campesinos expropiados de la provincia que no tenían nada para darles a comer a sus familias. Todos ellos obtenían un contrato del ingenio azucarero que les proporcionaba trabajo, pero casi nunca un salario. La forma de pago más común eran bonos que podían canjear exclusivamente en los almacenes de las plantaciones. Los contratos fijaban una relación de trueque dispar según la cual los obreros debían todo al dueño del ingenio, siendo así integrados a un sistema de patronaje muy similar a la Encomienda. El patrón cuidaba por medio de sus vigilantes armados que los macheteros cumplieran sus tareas. Desde los inicios del sistema del trabajo remunerado el tiempo no se mide en horas sino en tareas cumplidas, que puede ser, por ejemplo, cierto peso de caña cortada. El procedimiento contractual se refleja en una variante del mito del Familiar. Al firmar el contrato (real) con el patrón, el nombre del obrero sería inscrito en un registro (ficticio) del administrador. Según esa contabilidad por partida doble mortal, el registro determinara la cantidad, los nombres y datos de las víctimas para el Familiar. El orden jerárquico entre los pactos subordina el pacto con el obrero al de él con el Familiar. Al firmar el contrato el obrero entrega su vida al dueño que vuelve a ser una especie tardía del pater familias romano, con derecho total sobre la vida y la muerte de sus hijos, esposa y esclavos. Parece que se hubiera desplegado tranquilamente en el aislamiento subtropical de las provincias del Noroeste argentino con el apoyo de su perro familiar.

Desde el periodo de su origen presunto en los años 1880 hasta la primera década del siglo XX, Argentina no era un país de la denominada periferia, más bien el contrario. Junto a los Estados Unidos y Australia era uno de los países más ricos del mundo. Innumerables inmigrantes franceses, italianos y españoles en su mayoría obreros pobres, transformaban la población argentina en una sociedad de inmigrantes. Una de las posibilidades de obtener algo del terreno ya desde siglos generosamente distribuido entre muy pocos terratenientes, era la participación voluntaria en la denominada campaña del desierto con el general tucumano Julio Roca para conquistar las tierras del sur todavía habitadas por distintas sociedades indígenas. Al “conquistar” el país, los militares mataron y deportaron a

⁶ Sidney Mintz, *Sweetness and Power. The Place of Sugar in Modern History*, New York 1985.

decenas de miles de sobrevivientes a regiones lejanas, muchas veces en los ingenios azucareros del Norte. Después de una de las campañas, el general Roca se mostró muy generoso frente a sus acreedores, los dueños azucareros, y les dejó unos 600 hombres de la Patagonia para trabajar en las plantaciones. El plan nacional justificaba la “homogeneización” de la población argentina de los cuatro puntos cardinales del país. El impacto civilizador del trabajo en las plantaciones formaba parte del mismo plan nacional. La industria azucarera produjo beneficios del plan nacional aún de otra manera: Los empresarios podían ganar cada vez más influencia sobre la política militar y económica hasta imponer un rígido proteccionismo. La producción de azúcar argentina volvió a ser una zona prácticamente sin competencia. Gracias a los inmigrantes europeos dependientes del azúcar el mercado interior seguía creciendo.

Considerándolo bien, el pacto con el Familiar, que permitía a los dueños una vida de lujo mientras dejaba a los obreros aún más pobres, enfermos y presas fáciles del Familiar, no refleja las relaciones internacionales del capital entre la industria azucarera norteamericana y la europea con los latinoamericanos expropiados. El Familiar forma más bien parte de una narrativa que presencia una nueva realidad socio-económica argentina a nivel nacional. Las ganancias son producidas por las capas marginalizadas sociales nuevamente adquiridas por empresarios también inmigrados. Los empresarios no pertenecen al sedimento añejo de terratenientes criollos de la época colonial sino a menudo forman parte del mismo grupo social que sus futuros obreros. La observación de la ex-mujer, Graciela de Jeger, de un empleado de un diario en Tucumán que fue secuestrado y desaparecido el 8 de julio 1975, merece cierta atención: A ella le parecía que el Familiar andaba suelto tan solo en los ingenios con patrones franceses. ¿Podría ser que la provincia francesa del siglo XIX con sus cuentos folklóricos llenos de hombres lobos y antropófagos haya sido la cuna del Familiar? Me limito a suponerlo y a referirme a los estudios etnográficos de Gastón Gordillo que sostiene el influjo francés en la creación del mito. Documentaciones fílmicas y testimonios de los habitantes de los alrededores del pueblo parecen evidenciar que los Blaquier, Nogués, Hileret no eran tan solo los más importantes empresarios azucareros sino también los que han pactado con los perros familiares más horribles de las provincias del Noroeste argentino. En el diario *Marcha* se lee en julio de este año 2012:

Cuando en las fábricas se producían los recurrentes apagones, los trabajadores se amontonaban seguros de que se haría presente el -para los pobladores- nada mitológico animal. Al otro día siempre faltaba alguien y sus ropas eran encontradas con sangre en algún cañaveral. Quien se llevaba era un trabajador que reclamaba por mejoras salariales o protestaba por la violación de algún derecho, entre otros malestares. La justificación de parte de los compañeros desaparecidos se fundamentaba en el necesario bienestar de la empresa por el que debía ser sacrificado alguno de los trabajadores.⁷

⁷ <http://www.marcha.org.ar/1/index.php/nacionales/96-ddhh/1697-ledesma-y-el-familiar>

El vínculo estrecho entre los empresarios azucareros y el aparato militar se puede rastrear continuamente en la campaña del desierto, la primera “organización nacional” hasta el proceso de la re-organización nacional del régimen militar en 1976-1983 y allende. Blaquier no sufrió ningún demérito hasta su denuncia en el 2012, al contrario, podía aumentar la productividad de su empresa azucarera y conservar sus buenas relaciones con la política.

En los casos „franceses“ del perro familiar, se transmite la historia del espíritu familiar o Spiritus familiaris, conocido en el Oeste de Europa desde la Edad media como servidor bajo forma de gato, pájaro o perro del jefe de hogar de ciertas familias que hayan hecho un contrato con él. Les proporciona capacidades mágicas, sobre todo fuerza, riqueza o poderes amorosos. El familiar es hereditario dentro del hogar. El mito del espíritu familiar se deja rastrear en archivos judiciales hasta el siglo XVIII para los espacios judiciales de Francia e Inglaterra. Su apogeo literario se manifiesta en el Fausto de Goethe donde aparece como Mephisto, el diablo que está más bien interesado en las fuerzas intelectuales que en sus cuerpos. En Francia, en cambio, los seres siniestros como el Loup-garou o los ogros tenían mucho más éxito. Parece probable que el fenotipo del loup-garou o hombre-lobo haya prestado su aparición externa al espíritu familiar folklórico en cuanto los aventureros franceses emigraran a Sudamérica. Los desesperados, como el inmigrante en la selva argentina Clodomir Hileret de Poitiers, necesitaban ciertamente espíritus protectores, dinero y una capacidad de imponerse con historias espantosas. En el ingenio de Hileret, Santa Ana, desaparecieron por su pacto con el Familiar regularmente obreros que, según el historiador Eduardo Rosenzvaig, pertenecían a los „rebeldes“ que habían requerido un salario más alto, horarios más cortos y mejores condiciones de trabajo. Muy frecuentemente las víctimas del familiar son itinerantes sin familia que pudiera denunciar su desaparición.

Al final quisiera abordar la dimensión socio-histórica del mito. El aspecto canibal del perro infernal tiene un transcurso coyuntural histórico. Perdió su anhelo antropófago en cuanto las condiciones de vida y de trabajo de los obreros fueron alcanzadas. Durante la crisis de azúcar de los años 1920, cuando las zafas grandes causaron una caída de los precios, no hubo regularmente un solo peón por año sino múltiples. Sufrió una pérdida radical de su condición existencial por una vez, en el año 1948, cuando Juan Domingo Perón decretó la admisión de sindicatos y la subvención de la producción azucarera. La explicación de la domesticación inmediata del perro Familiar puede ser que la legalización de sindicatos como la F.O.T.I.A. anuló la necesidad de “rebeldes”. Una nueva onda de rebeldes salió tan solo en los años 1960 de los ingenios porque Onganía los había desmantelado. Miles de ex-obreros acostumbrados a la lucha obrera iniciaban la resistencia organizada contra la política económica. Los sindicalistas de la F.O.T.I.A. eran los primeros en movilizar los sindicatos de toda Argentina. No es sorprendente que en Tucumán haya sido proclamada la única zona liberada de la guerrilla. En reacción a esa rebeldía que desembocaba en la fundación del ERP por el estudiante

tucumano Santucho, la cultura del terror de tan larga vida y tan bien probada de la provincia protagonizada del perro Familiar, se difundió al resto del país.

Bibliografía

Arangurén, Gerardo en *Tiempo Argentino* del 9 de agosto 2012.
<http://tiempo.infonews.com/2012/08/09/argentina-83077-causa-ledesma-la-justicia-indago-por-primera-vez-al-empresario-carlos-blaquier.php> (3.9.2012)

Dirks, Nicholas (ed.), *Colonialism and Culture*, Michigan 1992.

Gordillo, Gastón, "The Breath of the Devils: Memories and Places of an Experience of Terror", in: *American Ethnologist* 29, No. 1 (2002), pp. 33-57.

Isla, Alejandro, "Terror, Memory, and Responsibility in Argentina", in: *Critique of Anthropology* 18(2) (1998), pp. 34-156.

Isla, Alejandro/ Julie Taylor, "Terror e identidad en los Andes: El caso del noroeste Argentino", in: *Revista Andina* 13(2) (1995), pp. 311-357.

www.marcha.org.ar/1/index.php/nacionales/96-ddhh/1697-ledesma-y-el-familiar

Mintz, Sidney, *Sweetness and Power. The Place of Sugar in Modern History*, New York, 1985.

Rosenzvaig, Eduardo, *Historia social de Tucuman y del azúcar*. Vol. 2. Tucuman: Universidad Nacional de Tucuman, 1986.

Rosenzvaig, Eduardo, *La Cepa: Arqueología de una cultura azucarera*. Vol. 1. Buenos Aires: Universidad Nacional de Tucuman-Ediciones Letra Buena, 1995.

Taussig, Michael, *The Devil and Commodity Fetishism in South America* Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980.